

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 26 DE FEBRERO DE 1923

No. 24

Primacía del carácter

POR LUIS ARAQUISTAIN

ALGUNAS gacetas de la derecha periodística discuten en estos días sobre un tema que ya Platón hizo clásico en su *Gorgias*: sobre si la política debe ser una profesión especial (basada sobre todo en aptitudes retóricas), o si debe ser como una prolongación, al servicio de la comunidad, de las profesiones particulares. Dicho de otro modo: si el gobierno de la república debe estar en manos de los técnicos—un militar en Guerra, un marino en Marina, un magistrado en Justicia, un pedagogo en Instrucción Pública, un profesor de Derecho internacional en Estado, un economista en Hacienda, un ingeniero en Fomento (para Gobernación, Trabajo y Presidencia del Consejo de ministros, ¿qué especialidades técnicas podrían aplicarse?)—o en poder de cualquier político profesional, independientemente del oficio con que gana o se ganó en otro tiempo la vida, aunque se dé el caso de un médico metido a hacendista, de un abogado a guerrero, de un agricultor a marino, de un industrial a pedagogo, de un biólogo a propulsor de la riqueza nacional, y así sucesivamente. Nunca habrá completo acuerdo en teoría, y en la práctica, los dos sistemas o una mixtura de ambos han fracasado casi siempre, por lo menos en España. Mal lo han hecho en todo tiempo nuestros políticos profesionales; pero no parece que han sido mejores los técnicos que, en los innumerables gobiernos de estos últimos años, han participado de algunos ministerios. Se dirá que los técnicos nada pudieron hacer porque no les dejaron. ¿Pero quisieron? ¿Tuvieron, además de competencia, voluntad?

Generalmente se plantea con torpeza el problema de quiénes deben gobernar. El profesional de la política y el profesional no político, no sólo no se excluyen: se son mutuamente necesarios. El político—cuando merece este nombre, cuando es, como dicen los ingleses, un *statesman*, un estadista, un hombre de Estado, no un *politician*, no un poliquero—, el político ideal es ante todo un creador de historia, un hombre capaz de ver con los ojos de su inteligencia el puesto material y moral de su país en el con-

junto de las naciones; capaz de ver con los ojos de su corazón el puesto que podría ganarse en el porvenir, y capaz de echarse a ganarlo con la energía de su voluntad. De la coordinación de esas tres operaciones de inteligencia, sentimiento y voluntad nacen en el estadista de raza una ética nacional y un programa específico, de cuya ejecución concreta sólo los técnicos pueden encargarse. El político da la dirección y la medida; el técnico levanta la obra. Al técnico, aislado en su profesión, le falta visión política unitaria, sentimiento histórico, dinamismo espiritual; es como un gigante sin ojos. Y al político le falta competencia especializada; solo, es como una conciencia sin cuerpo. Un hombre puede ser un gran político y apenas saber las cuatro reglas aritméticas, y un genio técnico puede no servir siquiera para alcalde de barrio. Políticamente, ambos se necesitan de modo indispensable.

Alguien preguntará: ¿Pero dónde está ese estadista arquetípico al que tan mal le sienta, por lo visto, el clima de España, puesto que no germina en su suelo o se agosta antes de llegar a sazón de madurez? Ciertamente, no es nuestro país fértil en grandes políticos. Algunos son bastante inteligentes para comprender la posición de España en el mundo, y bastante sensibles para sufrir por su decaimiento y para desear su mejoría. Pero carecen de lo que es la condición primordial del político, la condición sin la cual todas las otras se frustran, como masa de harina sin levadura: les falta carácter. La crisis más profunda de la política española no es tanto de inteligencia y tecnicismo como de caracteres, de hombres bastante enérgicos para no ceder a nada ni a nadie hasta llevar a cabo un propósito bien pensado y definido.

El mayor defecto de los políticos españoles es la ausencia de carácter. Más que hombres sólidos, irreductibles a otro continente humano, la inmensa mayoría de ellos parecen cuerpos en estado de licuefacción, siempre dispuestos a derramarse en cualquier extraño recipiente y tomar su forma. Al hablar aquí del carácter, prescindi-

mos de todas las acepciones accesorias y desnaturalizadas, y sólo nos atenemos a su definición ética: un modo de obrar perseverante conforme a razón, sin que puedan desviarle ni el halago, ni el interés propio, ni la amenaza. Sólo una razón superior puede torcer, por convencimiento, su trayectoria, pues tampoco es un carácter ético, a lo sumo psicológico o temperamental, el que se obstina en la sinrazón por cerril testarudez. El hombre de carácter ético es el que, más allá de sus pasiones, vanidades o codicias, se traza una norma de conducta y vela severamente por su cumplimiento, sin que le desvanezcan las alturas ni las lisonjas de los altos, ni le amedrenten los barrancos ni los vituperios de los bajos. Hombres así son los que se echan de menos en la política española, y así está ella de desmedrada y ellos de desprestigiados.

Precisamente, lo que ha distinguido al partido reformista de los demás es la esperanza de que sus adeptos fueran, tanto como hombres inteligentes, competentes y puros, robustos caracteres. Bien está la pureza; pero no es necesario que un santo sea un buen hombre de gobierno. Bien está la competencia; pero hay muchos sabios que tienen en estado de estupidez el sentimiento de la justicia. Bien está la inteligencia; pero todos conocemos a muchos hombres inteligentes incapacitados por una abulia patológica. Todas esas buenas cualidades, que se dan también en hombres de otros partidos, no servirían de nada si no las fecundara la serena energía del carácter ético. Es más: incluso el programa reformista nos importa a muchos españoles bien poco como tal programa, que no puede ser más moderado en sus propósitos inmediatos; si tiene algún interés superior, es como instrumento o pretexto para ejercitar, en la política española, un poco de carácter, de personalidad irreductible.

... No se temen las doctrinas, sino los caracteres. Pero sin hombres de carácter no hay política, ni historia, ni aun hombres. Pues como dice Chamfort: «Está perdido un hombre de talento si no une al talento la energía del carácter: cuando se tiene la linterna de Diógenes, es necesario tener su bastón».

(El Sol. Madrid).